

Inspección Salesiana «María Auxiliadora»

SEVILLA



Queridos hermanos:

En la madrugada del pasado 12 de julio, tras una breve y presentida enfermedad, cuando todavía quedaban esperanzas para su recuperación, pasó a mejor vida nuestro hermano

D. Maximino Gallego Rodríguez

conocido de todos vosotros por sus muchos años de permanencia en la Secretaría de la Casa Inspectorial y de casi 40 años en esta casa de la Santísima Trinidad.

Desde hacía muchos años estaba aquejado de diabetes, lo que le había llevado a una pérdida casi total de la visión. Pero su extraordinaria fortaleza le había hecho mantenerse sin necesidad de medicamentos ni de alimentación especial, prácticamente toda su vida. En los últimos años de permanencia entre nosotros, desde la división de la casa en las dos antiguas Secciones de Formación Profesional y de Básica y Bachillerato, llevaba una vida retirada sólo interrumpida por su Misa y su Ministerio del Confesionario. En los

últimos tiempos hubo de abandonar incluso éstas, para él, «obligaciones», absolutamente intocables.

Debido a su enfermedad, los meses de mayor calor eran para él verdaderamente insufribles. Sólo su resistencia y el hecho de que jamás se quejaba de lo que él llamaba los «achagues», las «debilidades» de la edad nos permitían ilusionarnos de que su salud no estaba tan amenazada e incluso le gastábamos bromas, que él agradecía, sobre su avanzada edad, ya que él se jactaba de «ir con el siglo».

Este verano, durante los calores del mes de junio pasado, su enfermedad dio el primer aviso bajo una fuerte deshidratación. Al principio el mismo médico pensó que se podría superar con la administración normal de líquido y alimentos propios de su estado, considerando su situación como no alarmante. Pasaban los días y al disminuir las temperaturas, volvía lentamente a su antiguo estado, lo que nos permitía pensar que sería como en otras ocasiones. Pero no fue así. Su estado general se fue debilitando progresivamente, perdía con frecuencia la noción del tiempo, el apetito, la memoria. Nuevamente el proceso de deshidratación se agudizó y el médico nos aconsejó su internamiento para un tratamiento adecuado del problema. La Superiora de la Cruz Roja nos dio toda clase de facilidades y los médicos se interesaron rápidamente por su caso. La mejoría, tras los primeros momentos, parecía asegurada y el mismo D. Maximino se sentía cada vez mejor. Pero se le presentó una parálisis cerebral progresiva, provocada por la misma diabetes, y a partir de este momento su situación se fue haciendo cada vez más desesperada. Le administramos el Sacramento de la Extremaunción con suficiente lucidez. Siguió las oraciones, dando muestras de ser consciente de lo que se estaba haciendo. A partir de este momento las esperanzas puestas en su recuperación se fueron apagando, al mismo tiempo que la enfermedad se presentaba como mal irremediable. A los cuatro días del internamiento hospitalario falleció.

D. Maximino había nacido en un pueblecito de Salamanca, Cabeza de Framontanos, el 14 de mayo de 1900. Siendo apenas un niño vino a Andalucía, donde, antes del Noviciado, cursó los cuatro cursos de humanidades y en 1917 lo encontramos en San José del Valle y haciendo su Servicio Militar. En 1920 se consagra definitivamente al Señor, con la Profesión Perpetua, en Utrera.

Los años que él recordaba intensamente de su etapa de formación fueron los pasados en el Estudiantado Salesiano de la Cro-

El rezo del Santo Rosario acompañaba sus largos momentos de soledad. Era frecuente verlo recitar en compañía de otros salesianos de esta casa inspectorial. Las visitas a la Capilla, donde transcurría gran parte de su jornada; el Rezo del Breviario, a pesar de su vista y de que el Sr. Inspector se lo había dispensado... nada le hacía desistir de ésta, para él obligación ineludible.

La vida de D. Maximino ha transcurrido en los despachos. Con frecuencia se nos antoja este tipo de vida desprovisto del calor, de la fuerza, de la energía y de los compromisos, de una vida en medio de los muchachos y del ajeteo de nuestras actividades. Por el contrario puede esconder riquezas de observancia, de fidelidad, de silencio, de ayudas invisibles, perceptibles sólo al que conoce en profundidad el secreto de los corazones y de las vidas.

Para terminar esta perspectiva, quisiera subrayar su capacidad de sufrimiento. Murió sin lamentarse. En medio de las pruebas a que era sometido durante su enfermedad se le veía sufrir en silencio y rezar. Desde el primer momento se le dijo dónde estaba internado y la necesidad de aceptar las incomodidades, y él, un hombre siempre reacio a pedir ayuda, se abandonó totalmente a los que estábamos allí a su cuidado.

Finalmente un extenso capítulo de agradecimiento: a los Salesianos de la Comunidad siempre dispuestos para atenderlo, al Doctor Gil Mariscal, a las Religiosas de la Cruz Roja, a los Doctores que le asistieron con total desinterés, al personal de la Clínica y a las personas próximas a la Casa de la Trinidad, que en estos casos de familia siempre están a nuestro lado incondicionalmente.

Que el Señor y María Auxiliadora conceda el eterno descanso a nuestro querido D. Maximino.

Cordialmente os saluda,

Diego Cardenal

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sacerdote MAXIMINO GALLEGO RODRIGUEZ. Nació en Cabeza de Fra-
montanos (Salamanca) el 14 de mayo de 1900. Falleció en Sevilla el 12 de
julio de 1982, a los 82 años de edad, 65 de Profesión Religiosa y 56 de
Sacerdocio.

horas silenciosas pasadas en «su» Confesionario en diálogo con las almas. Con motivo de su fallecimiento hemos sido testigos de la fecundidad y de la profundidad de este Ministerio en la persona de D. Maximino. Con su desaparición y la del recordado D. Antonio Vega, una generación de confesores beneméritos y sacrificados se extingue entre nosotros. ¡Quiera Dios suscitar personas que continúen esta tradición y este servicio en nuestra Iglesia de la Trinidad!

Sus largos años de permanencia en la Secretaría Inspectorial le permitieron a D. Maximino llenar otra faceta del apostolado salesiano: la difusión y propagación del Boletín Salesiano. Se puede decir que gran parte de la correspondencia que recibía tenía relación con esta actividad a la que dedicó atención preferente cuando ya sus energías no le permitían otras actividades. Cartas de cooperadores, bienhechores, de nuestras misiones y de nuestras obras, se encuentran abundantemente entre sus papeles. Expresiones de confianza, de solidaridad, de oraciones, de preocupaciones, son frecuentes en estas personas, generalmente ya cargadas de años y unidas a la Congregación a través de la persona de D. Maximino. De esta manera, con los donativos, que con frecuencia le llegaban, a veces en su insignificancia material, pero llenos de contenido y de salesianidad, personas anónimas y sencillas vivían la vida salesiana y colaboraban con nosotros. Son frecuentes en esta correspondencia las peticiones de consejos, la orientación espiritual, la exposición de problemas personales y familiares... a los que D. Maximino hacía llegar una palabra de fe y esperanza.

Quedaría incompleta esta exposición breve de la personalidad religiosa y espiritual de D. Maximino si no aludiéramos a otra circunstancia de su vida: Su Misa en el altar de María Auxiliadora. Ha sido otra nota distintiva de su existencia y de su estancia en esta casa. Han sido más de veinte años, según él mismo decía, de su Misa diaria. A pesar de todos los inconvenientes, de sus problemas de visión, de las trabas que en los últimos tiempos encontraba, de tener que bajar por la escalera, de las caídas..., no atendió nunca razón alguna que le hiciera desistir del encuentro con María Auxiliadora y un grupo de fieles que asistían asiduamente y durante años a esta Misa. Una persona nos manifestaba el respeto y el cariño que suscitaba verlo decir esta Misa en medio de mil dificultades, perdido en las lecturas, repetitivo, obsesionado por sus obligaciones y el deseo de ser fiel a este servicio. ¡María Auxiliadora habrá recompensado largamente al sacerdote y al hijo bueno y fiel!

cetta de Turín, entre 1922 al 1926. Allí tuvo la oportunidad de conocer a grandes salesianos de los primeros tiempos, que él siempre recordaba con evidente satisfacción y orgullo. Recordaba las celebraciones de la Basílica de María Auxiliadora, el Turín salesiano... Era manifiesto que esta etapa de su vida le había marcado para siempre. Recordaba con verdadero cariño, y la conservaba entre su antigua correspondencia, una tarjeta de D. Gennaro, donde le manifestaba su aprecio y estima: «Ti voglio bene e continuerò a volerti sempre bene», era una frase que siempre recordó con particular afecto.

Ordenado sacerdote lo encontramos en San José del Valle de Consejero y Catequista hasta 1931. De 1931 al 34 ocupa por primera vez la Secretaría Inspectorial, cargo en el que se va a desarrollar la mayor parte de su existencia.

De 1934 a 1936 es Profesor de los Teólogos en Carabanchel. Siempre recordaba con particular intensidad los años de la guerra civil, sus vicisitudes, su paso por la cárcel y su ministerio sacerdotal en este tiempo en medio de mil dificultades.

En 1943 y tras un breve período de tres años de Director en Ecija, es nombrado de nuevo Secretario Inspectorial, cargo en el que permanecerá ininterrumpidamente hasta 1960, uniendo en algunas ocasiones el cargo de Ecónomo. Es la faceta definitoria de su vida y la más expresiva de su personalidad: Discreto, silencioso, observador, confidente de los Superiores, inadvertido, amante de los segundos planos. Como él decía con frecuencia había tenido que tomar decisiones en su cargo pero el deber se lo exigía. Estaba en el secreto de gran parte de la Historia de nuestra Inspección. Reservado en extremo, ni siquiera en sus últimos años, desvelaba los acontecimientos de los que él había sido un espectador de excepción.

Tras esta larga etapa y desde 1960 hasta 1980, D. Maximino aparece como Confesor de la Casa Inspectorial. Se puede decir que es la otra gran faceta de su personalidad. Lo hemos conocido en sus últimos días, lleno ya de años y de achaques, pero todos nos recuerdan a D. Maximino como un gran Director espiritual, confesor apreciadísimo, sacerdote prudente, moralista, consultado por la Jerarquía en los asuntos graves, conocedor de todos los secretos del Confesionario. Las Hijas de María Auxiliadora le tuvieron también por largos años como confesor prudente y fiel. Hasta sus últimos años llegaban personas buscando su dirección y su consejo, cuando imposibilitado no podía bajar a la Iglesia. Años y años de

